

M. ANA DIZ¹

Adorar

*Aprended de los lirios del campo,
cómo crecen; no se fatigan ni hilan.
Pues yo os digo que ni Salomón en toda su gloria
se vistió como uno de ellos.*

(MATEO 6: 28)

De oro pintan el hierro de verjas y balcones,
los pliegues y los cuerpos adorados
en las catedrales.

Guardan su tesoro los pobres
en casa del Señor,
pagan de buena voluntad
el órgano que les haga temblar
los corazones.

Van a dorar, a mantener el oro
para aquel que en la luz de la mañana
miraba crecer lirios en el campo,
temblorosos de brisas, y vestidos
como nunca pudo en toda su gloria Salomón.

¹ El resultado de sus estudios e investigaciones se ha reflejado en artículos y libros especializados en literatura peninsular y vinculada con su trayectoria de profesora universitaria. Actualmente está dedicada a su producción poética y temas afines.

Ancla

Un ancla en este mar no busca el marinero,
lleva en los ojos una noche sola,
viento, sal y resplandor temprano.

Mira las montañas pero no puede con la tierra,
lo marea. Sus fintas de firmeza dan ideas, invitan
a rodearla de trincheras y a firmar “esto es mío”.

Un mar azul abrace el marinero, y nubes
donde plomo sólo sea un humor del celeste
y la penumbra tenga el color de la paloma.

Mar explayado abrace el barco que el hierro no sujete,
y un viento que no cuente historias.

El mismo fingido y pobre hueso

Siguiendo a Rumi

Tantas vueltas da uno, tantas vueltas,
tantos años royendo el mismo hueso,
tratando de entender y desgastando
los relojes en cosas suficientes
para llenar tres líneas o una mano.

No entiende uno lo que no le gusta.
Con todos los sentidos más de cinco
muchas horas escruta e investiga
lo que perfectamente ve y entiende.

No sabe a veces bien cómo es que llega
el día en que comprueba que ha vivido
buscando lo que tiene, recordando
lo que nunca le ocurrió, confundiendo
sombbrero por cabeza,
tercamente desamparado,
llamando a la puerta desde adentro.

Allí

Allí no hubo
imperio azteca o español
que dejara sus fábricas de piedra.
Desnuda hasta de árboles,
la tierra es un mar quieto, olvidada
de colinas y cerros,
es un cielo marrón
donde se pierden infaliblemente
los cuatro puntos cardinales.

Llanura sola
sin tesoro escondido
ni otra nobleza que su anchura,
irremediabilmente al sur de todo.



© GPR.